Querido Tata.

¡10 años ya desde que no te podemos abrazas ni escuchar tu risa contagiosa! Pero sigues tan presente como si estuvieras acá.

Ahora que me toca viajar al sur, no deja de impresionarme cada vez que recorro, incluso en el pueblito más alejado y más pequeño, siempre hay alguien que me pregunta por ti. Siempre hay alguien que se acuerda de ti con cariño, con admiración, con respeto y me cuenta su historia de cómo te conoció. Es algo que me sigue sorprendiendo, recorriste hasta el pueblito más chico dejando una huella en todos los rincones por donde pasaste.

También me emociona recordar esa alegría tan tuya. Me acuerdo, por ejemplo, cuando veías la buganvilia de algarrobo llena de flores fucsias: te parabas al lado y te reías a carcajadas, con una emoción tan grande frente a la belleza. Con el tiempo he ido entendiendo que, detrás de belleza, hay cariño, hay dedicación, y es por ejemplo donde puedes ver a Dios.

Esa sencillez tan característica tuya es algo que nos transmitiste y que, de alguna manera, todos intentamos seguir: disfrutar de la comida casera, del gozo que te producía algo tan simple como comer unas uvas, de esa cara de alegría cuando estabas frente a un paisaje lindo, en una caminata o compartiendo en familia.

Esa capacidad de darte tiempo para los demás, de estar siempre ahí, de estar realmente presente y de hacer sentir a cada persona que importa, que vale, que somos todos iguales y que no hay diferencias.

Esas ganas profundas de aportar a tu país. Me acuerdo que, incluso a tus 96 años, una vez hablando de temas ambientales, me decías: “¿cómo puedo ayudar?, ¿qué podemos hacer?”. Esa inquietud y vocación impactante.

Todo ese ejemplo de vida que nos dejaste. Y que, desde lo que a cada uno le toca, seguimos intentando seguir y honrar.

Han pasado diez años desde que ya no estás físicamente, pero sigues tan presente como siempre. Recordar, significa volver a poner en el corazón. Y tú estás ahí, muy vivo y muy presente en nuestros corazones: en tu ejemplo, en tu sabiduría, en tu convicción, en lo justo, en tu sonrisa, en esas carcajadas, en aplaudirnos siempre cuando te ponías feliz por nosotros, en esa sencillez y en esa forma tan tuya de celebrar lo simple.

Por eso, siento que nunca te has ido. Un beso gigante al cielo.

Te queremos muchísimo.